

El síndrome "Harrisburg (U.S.A.)"

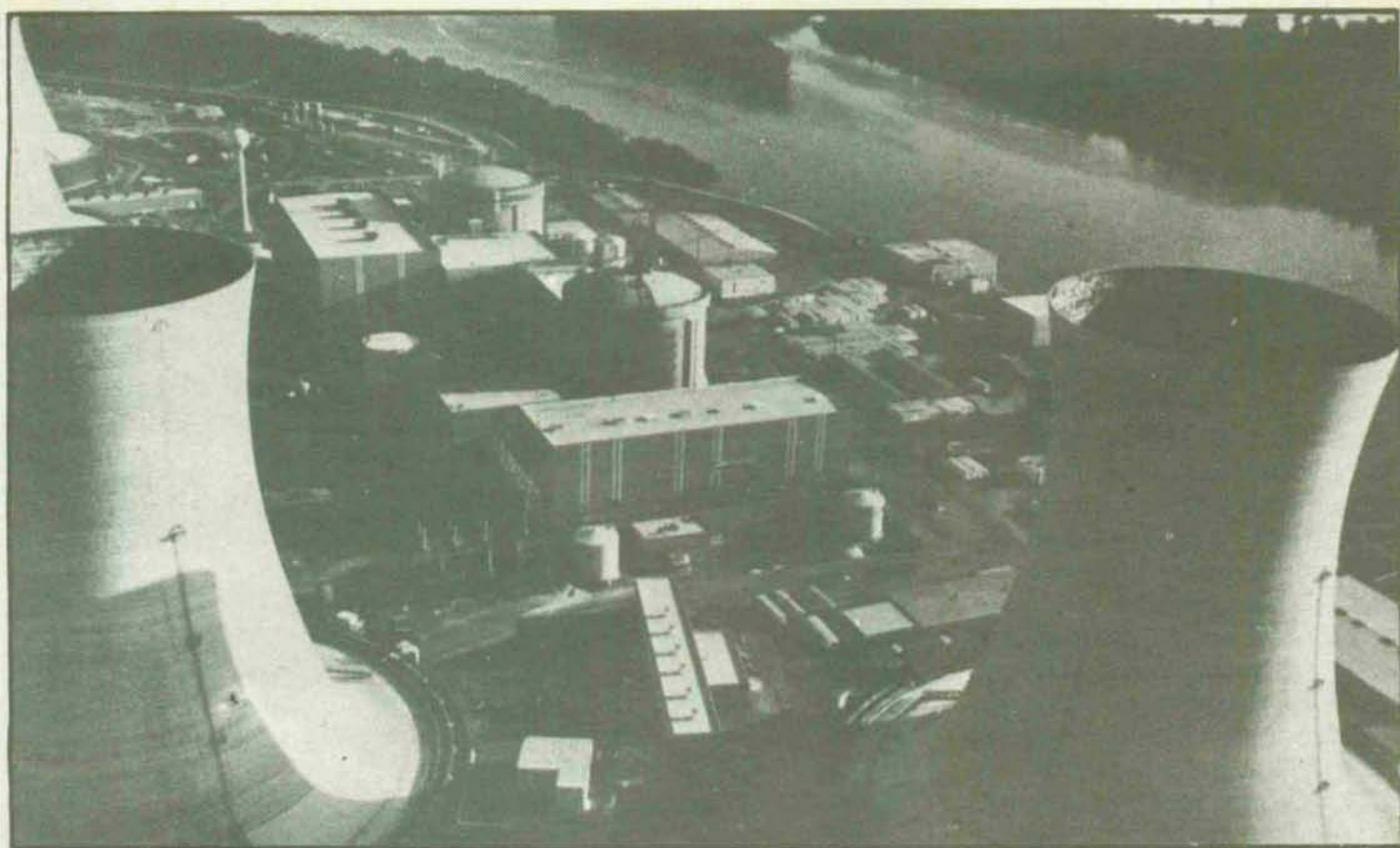
- Un accidente nuclear. Una película anti-nuclear. Un artículo nuclear. Y más, ¡mucho más! ¡No se lo pierda!

A mi padre, «obrero de la luz» (hidroeléctrica)
«...bajo la ley del poseedor del mayor número de artefactos prospera-
rán enfermedades y enfermos. Quizá a través de una catástrofe inau-
dita producida por los artefactos volveremos a la salud».

Italo Svevo, La conciencia de Zeno (1922)

Jesús López Pacheco

LA ley de la «americanización». La ley que parece regir el semiuniversal fenómeno mal llamado «americanización» (pues América es un continente, no un país), se podría expresar así: «Lo que ocurre en los Estados Unidos, antes o después ocurre en los demás países». En general, sería terrible, por muchas razones, que esto fuera realmente una ley; especialmente después de lo ocurrido en Harrisburg, capital de Pennsylvania, a finales de marzo. Hay otras leyes que nos podrían ayudar, en todo caso, a evitar los efectos de ésta; por ejemplo, en las circunstancias actuales: «Cuando las plantas nucleares de tu vecino veas reventar, echa las tuyas a remojar». O a desmontar. Lo ocurrido, sin embargo, no es solamente cuestión ecológica, cuestión de energía nuclear ver sus energías limpias e inocentes, como muchos querían creer y/o hacen creer. Se trata de algo mucho más vasto y, en cierto sentido, mucho más grave. Porque, en efecto, lo ocurrido en la central nuclear de Three Mile Island y alrededores constituye un conjunto de síntomas que bien podríamos llamar «El síndrome Harrisburg». Para describirlo, y para valorar su importancia y gravedad, conviene empezar por el comentario de una película recién estrenada en Estados Unidos, y que pronto se verá en España (pues en este campo la ley es casi sin excepciones): lo que se estrena en los Estados Unidos, antes o después se estrena en los demás países; en este caso, afortunadamente.



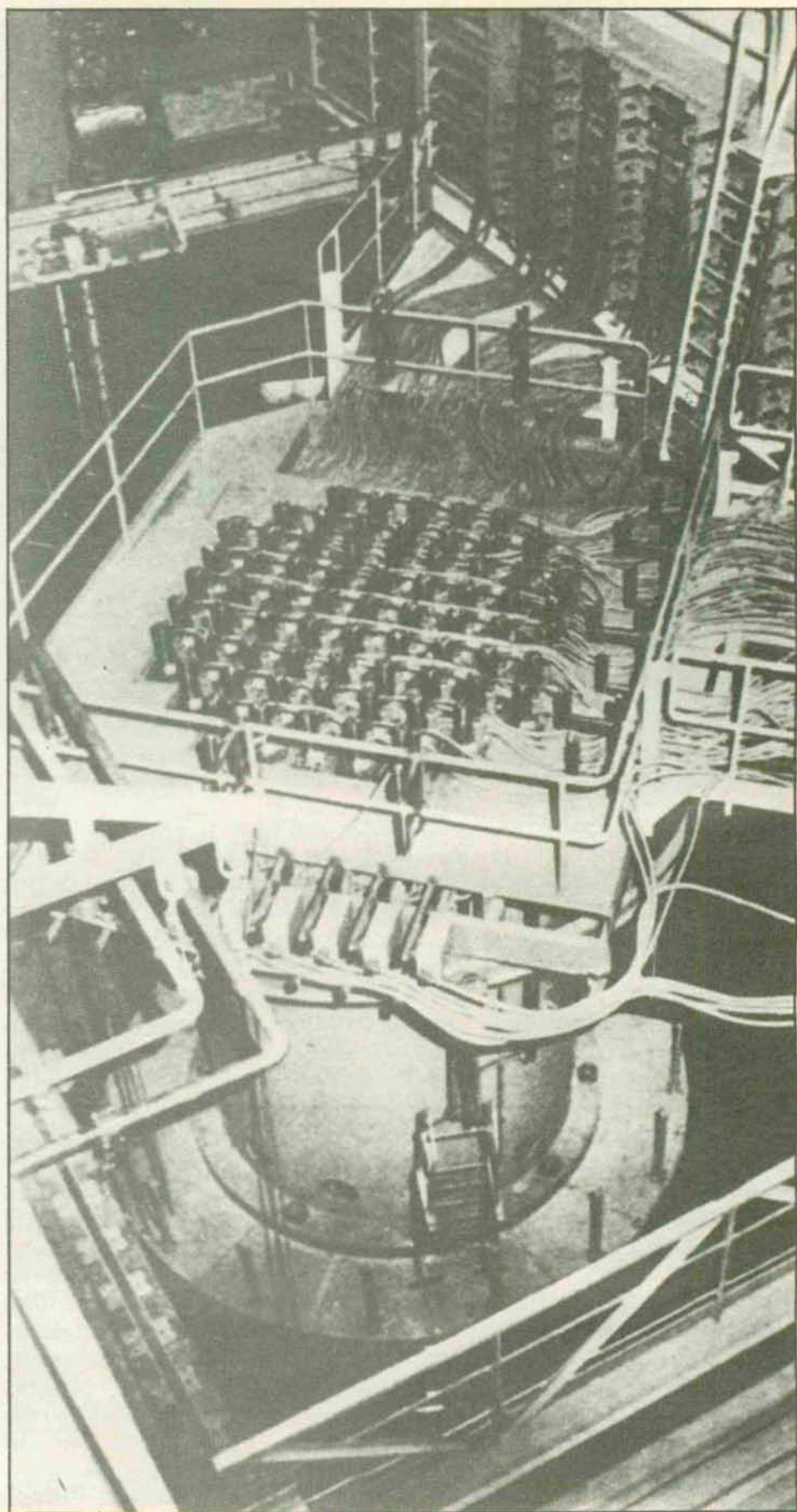
«Cuando las plantas nucleares de tu vecino veas reventar, echa las tuyas a remojar, o a desmontar». (Central Nuclear de Harrisburg, en Pensylvania, Estados Unidos).

UNA película antinuclear. «The China Syndrome» («El síndrome China») se ha estrenado el 15 de marzo en los Estados Unidos y el 23 en Canadá, país donde la «americanización» suele ser masiva y casi instantánea. Dos actores mercedadamente famosos (Jane Fonda y Jack Lemmon) y otro (Michael Douglas) que está empezando a serlo, refuerzan la atracción que ejerce el misterioso e inquietante título, sobre el que se ha centrado la campaña de lanzamiento. La China del título no tiene nada que ver con el país asiático, aunque resulte irónico que el estreno haya coincidido casi con la manifestación de ese otro «síndrome chino» constituido por una serie de síntomas también inquietantes: los «cuatro caballos de la modernización»; el viaje de Teng Hsiao-Ping a Estados Unidos; la invasión de Vietnam... En la jerga de la industria nuclear, el «sín-

drome China» expresa el más grave accidente que, después del de una explosión, puede ocurrir en una central nuclear: por un fallo en el sistema de refrigeración, el núcleo del reactor comienza a fundirse, y su masa incandescente y muy radiactiva se va abriendo paso hacia abajo, derritiendo todo lo que encuentra, el acero, el cemento, la tierra... hasta llegar a los antípodas (de los EE.UU.), es decir, China. (Es curiosa la inexactitud geográfica: quizá se deba, más que a ignorancia, a una especie de agresividad humorística de los tecnócratas y militares nucleares, quienes, puestos a bautizar semejante accidente en tiempos del «peligro comunista amarillo», debieron de confundir los antípodas políticos con los geográficos). La «perforación diametral» de la Tierra no es, en realidad, más que una hipótesis de lo que podría ocurrir; en la práctica, la

masa incandescente y radiactiva se detendría a una cierta profundidad, «rebotando» en una gran explosión y contaminando el subsuelo y las corrientes de agua subterránea, desde donde se difundiría la contaminación por emanaciones y geysers. Sería algo así como un volcán al revés y de ida y vuelta; tras la «erupción» hacia el centro de la Tierra, la «lava» radiactiva alcanzaría con sus efectos mortíferos y cancerígenos a cientos de miles, acaso millones, de personas, directa o indirectamente. La película, con una impecable técnica de clásico «triller» (pero, en este caso, no gratuita ni evasiva, sino al contrario) cuenta el conato de un accidente de este tipo en la imaginaria «Central Nuclear de Ventana», California; lo imaginario es sólo el nombre, curiosamente español, como tantos topónimos del oeste norteamericano; y me pregunto si, en la intención de los

realizadores, «Ventana» no tendría un valor simbólico por su significado: ¿es la película una «ventana» abierta por primera vez al gran público para que vea las terroríficas posibilidades de la energía nuclear controlada por las manos nada escrupulosas de las multinacionales y de un gobierno las más de las veces servil a ellas? Una reportera televisiva (Jane Fonda) visita, acompañada por su cameraman (Michael Douglas), la central nuclear. Su misión es hacer un «coverage» (reportaje), no una «controversy», como irónicamente advierte la reportera a su compañero, activista antinuclear. Al llegar a la sala de control, que visitan desde una alta galería encristalada, el encargado de relaciones públicas les impide filmar «por razones de seguridad». En ese momento se producen un ruido y una vibración que alarman al encargado de relaciones públicas; éste, siguiendo las instrucciones que recibe por teléfono, tranquiliza a los reporteros y les ruega que permanezcan allí mientras terminan una «maniobra de rutina». Pero lo que están presenciando en la sala de control está muy lejos de tranquilizarles: el ingeniero supervisor (Jack Lemmon) y todos los operadores dan muestras de gran nerviosismo, gesticulan, miran con ansiedad los aparatos de medida y las impresiones de las computadoras, aprietan botones, se muestran abatidos, desesperados, presas del pánico... La reportera descubre que su compañero, con la cámara aparentemente abandonada colgándole del cuello, lo está filmando todo; con su cuaderno de notas, la reportera oculta el objetivo para que no lo vea el hombre de relaciones públicas... Pasa el peligro, y la central nuclear vuelve a estar bajo control.



«Se corre más riesgo de cáncer sentado junto a un fumador que cerca de una central nuclear»... Discutible opinión que, sin duda, no compartirán ya nunca las 250.000 personas que, por evacuación «espontánea», escaparon de la zona de Harrisburg en los últimos días de marzo, ni las 600.000 que estuvieron a punto de ser evacuadas (y que quizá debieron serlo), ni los millones que viven en torno a las 72 centrales nucleares que funcionan en los Estados Unidos. (En la foto, el reactor principal de la planta Three Mile Island en Middletown, Pennsylvania. Al fallar los controles se producen graves escapes de radioactividad).

Tras este comienzo, de intensidad climática tan alta, director, guionistas y actores logran el prodigio de mantener y aun aumentar el suspense hasta un final de dramatismo escalofriante y realismo denunciador. El desarrollo se centra en la complicidad de los medios de difusión, concretamente de la televisión, con los grandes intereses económicos y políticos que hay detrás de la industria nuclear. Los activistas antinucleares, a los que se unen el cameraman y el ingeniero supervisor de la central, son obstaculizados por todos los medios, incluso el crimen, por los dirigentes de la gran compañía propietaria de la central nuclear. Las conveniencias de ésta (salvaguardar su «imagen», proteger sus ingentes inversiones, evitar costosas reparaciones...) se imponen a las imprescindibles medidas de seguridad; técnicos, empleados y obreros participan en esta especie de silenciosa conspiración suicida, por su conformismo y su miserable sumisión a la disciplina laboral. Una patrulla de «SWAT» («Tácticas y Armas Estratégicas», programa que en televisión española se ha presentado, bajo el título de «Los Hombres de Harrelson») interviene como **Deus ex Machina** oficial para «resolver», con la más ciega e injusta brutalidad, una situación «catastrófica» para la industria nuclear y sus protectores oficiales. La verdadera catástrofe (que, según una frase, profética a medias, «podría haber devastado una zona de la extensión de Pennsylvania») no es ni siquiera considerada por las autoridades y la dirección de la compañía.

UN ARTICULO NUCLEAR

«The China Syndrome» ha tenido también un «contralan-

zamiento». La industria nuclear, previendo los desastrosos efectos que su estreno iba a tener para su «imagen» pública, envió a los medios de difusión «material informativo» que atacaba directamente a la película, a sus realizadores y a sus asesores técnicos, varios de ellos activistas antinucleares. De los numerosos artículos y comentarios que ha debido producir esta maniobra de «relaciones públicas», es muy probable que el más sorprendente sea el de George E. Will, «A film about gred» («Un filme sobre la codicia»), publicado en «Newsweek» el 2 de abril; debió de terminar de escribirlo, pues, pocas horas antes de que ocurriera el accidente de Three Mile Island, y acaso, al enterarse de éste, le dio tiempo a llamar a la revista para pedir que lo retiraran: ¡demasiado tarde, estaba ya en prensa! Mr. Will (a quien quizá ya alguien haya llamado «El Profeta», y no precisamente por el significado de su apellido como verbo auxiliar) ridiculiza «The China Syndrome», a partir de una definición comercial de su propio director, como una «película de monstruos» (la técnica, en este caso), «de conspiración», como una pieza de «agit-prop» (¿resabio maccarthysta?) en la que se mezclan, demagógicamente, algunos datos y hechos reales con una «increíble» ficción (se refiere al «remoto» peligro de accidente nuclear y a la falta de escrúpulos de las compañías ante la cuestión de la seguridad pública) que se pretende hacer pasar por realidad. La película, añade, que «no sería emocionante si fuera honesta», se propone «manipular» al público para crear en él, injustificadamente, una «histeria antinuclear». No falta, en el ejemplar artículo de Mr. Will, la típica nota «anti-intelectual», tan caracterís-

tica de la mentalidad conservadora norteamericana: los «intelectuales» padecen de «tecnofobia» por su ignorancia de la ciencia moderna y envidian el prestigio de los científicos (a los que no sé por qué no se considera también «intelectuales»).

El articulista olvida, a este respecto, que son varios los científicos y técnicos que se han unido al movimiento antinuclear, algunos incluso después de haber renunciado a sus puestos en la industria o en los organismos nucleares (1). En una frase tan lapidaria que estoy harto de leerla con pequeñas variantes, afirma luego: «Los errores de los cineastas son malas películas. Los errores de los ingenieros son malos puentes». ¡O malas y peligrosas centrales nucleares! Pero donde las dotes proféticas del articulista brillan hasta la incandescencia radiactiva es en el slogan que, como un subtítulo, destaca en el centro de su trabajo: «Se corre más riesgo de cáncer sentado junto a un fumador que cerca de una central nuclear». Discutible opinión que, sin duda, no compartirán ya nunca las 250.000 personas que, por evacuación «espon-

(1) Por ejemplo, en febrero de 1977, tres ingenieros nucleares de la General Electric, y, poco después, el jefe de seguridad (nombrado por la Comisión Reguladora Nuclear) de la central de Indian Point; los cuatro pasaron a reforzar las filas del poderoso movimiento antinuclear norteamericano, que cuenta, entre otros, con científicos como Linus Pauling, Ernest Sternglass, David Ford, Commoner, Ehrlich, Tamplin, Gofman... De las organizaciones antinucleares, las más conocidas son: «Nuclear Information and Resource Service» (1536 Sixteenth Street NW, Washington D. C. 20036); «Union of Concerned Scientists»; «Clamshell Alliance» (62 Congress Street, Portsmouth, NH 03801); «Trojan Decommissioning Alliance» (215 SE Ninth Avenue, Portland OR 97214); «Abalone Alliance» (452 Higuera Street, San Luis Obispo, CA 93401); «Palmetto Alliance» (P. O. Box 1065, Barnwell, SC 29812); «Catfish Alliance» (P. O. Box 20049, Tallahassee, FL 32304).

tánea», escaparon de la zona de Harrisburg en los últimos días de marzo, ni las 600.000 que estuvieron a punto de ser evacuadas (y que quizá debieron serlo), ni los millones que viven en torno a las 72 centrales nucleares que siguen funcionando en los Estados Unidos. «A film about greed» termina con una concesión a la mezquindad envidiosa y deprimente de la clase media norteamericana, obsesionada por un «democrático» pesimismo, universal y sagrado, sobre la «naturaleza» humana; en lugar del francés «cherchez la femme», el principio básico del norteamericano medio, a la hora de encontrar motivación para cualquier acto, especialmente si parece tener alguna dignidad moral, es «cherchez l'argent». Mr. Will, puesto que lo reserva para el final, parece considerar este argumento de una contundencia irrefutable. Jane Fonda ha dicho que la película es «básicamente sobre la codicia», sobre el hecho de que los intereses públicos estén en manos de negociantes «cuyo principal interés es maximizar sus beneficios económicos». El colaborador de «Newsweek» —partidario acaso de que los artistas vivan del aire— revela a sus lectores el escandaloso hecho de que los actores de «The China Syndrome» fueran pagados y Columbia Picture no es una organización caritativa.

UN ACCIDENTE NUCLEAR

Estrenada la película (y escrito y a punto de ser publicado el artículo de Mr. Will), el 28 de marzo, a las 4 de la madrugada, como todo el mundo sabe, se produjo en Harrisburg el «accidente nuclear más grave de la historia». Muy similar al de la película, pero más grave incluso, pues al «síndrome

China» se añadió el peligro no previsto de una burbuja de hidrógeno que, encerrada bajo la cúpula de cemento de la torre del reactor, amenazaba explotar esparciendo casi instantáneamente una inmensa nube radiactiva. «La realidad imita al arte», han dicho y repetirán muchos, con brillante pero trasnochada fórmula esteticista; la realidad imita al arte cuando el arte se ha basado en ella y se ha propuesto expresarla. La siniestra amenaza ha afectado, de un modo inmediato, a la zona de Harrisburg y a Pensilvania, donde el gobernador se limitó a ordenar la evacuación de las mujeres embarazadas y de los niños a ocho kilómetros de la central; fetos y niños menores de 10 años son los más (pero no los únicos) vulnerables a la radiactividad. Ha afectado también, con mayor o menor gravedad según la distancia, a todo el este de Estados Unidos y de Canadá; en las zonas periféricas, todo dependería (habrá dependido) de la dirección del viento. En el sur de Ontario, por ejemplo, donde yo vivo desde el 1 de octubre (Fiesta del Caudillo) de 1968, se nos llegó a anunciar que si los vientos soplaban de Pensilvania, la radiactividad tardaría en llegar (menos intensa, desde luego) unos tres días. Desde el día del accidente, ha habido algunos vientos de Pennsylvania, pero todavía no tenemos ninguna noticia oficial sobre si han traído mucha, poca o ninguna radiactividad. Un especialista, el doctor Ernest Sternglass, profesor de Física Radiológica de la Universidad de Pittsburg (Pennsylvania), afirma que la radiación ha llegado hasta sitios tan alejados como Nueva York, Boston y Ottawa; según él, todos los niños recién nacidos en esta vasta zona deberán ser sometidos durante los próximos años a reconoci-

mientos médicos para vigilar la posible aparición de cáncer en la glándula tiroides; y en cuanto a los niños de la zona más afectada, el doctor Sternglass predice que habrá entre ellos, en el plazo de un año, un aumento del 5 al 20 por 100 de casos de leucemia (producida incluso o sobre todo, según muchos científicos, por la radiactividad absorbida en bajos niveles). Aparte de los efectos inmediatos, habrá muy probablemente otros (entre ellos, deformaciones genéticas), difíciles de valorar, que pueden tardar en manifestarse hasta 20 ó 30 años. Un aspecto especialmente inquietante de la cuestión es el de los «niveles permisibles de exposición a la radiactividad» establecidos por el gobierno: el nivel anual para la población es de 500 milirems, y de 5.000 para el personal que trabaja en centrales nucleares. Para hacer comprender estas cifras a los profanos, la prensa ha explicado que el norteamericano está expuesto, por término medio, a unos 100-200 milirems anuales, procedentes, el 50 por 100 del Sol y de los rayos cósmicos, el 45 por 100 de reconocimientos médicos con Rayos X, y el 5 por 100 restante de las explosiones atómicas, los televisores de color, los hornos de microondas y las centrales nucleares. Otro dato, que pretende ser tranquilizador también, es el de que una radiografía pectoral irradia al paciente entre 10 y 20 milirems. Es difícil saber la cantidad de radiación recibida por los habitantes de la zona; los datos oficiales (que el doctor Sternglass, entre otros, discute, llegando a afirmar que las verdaderas cifras han sido ocultadas) no parecen concordar: ¿30-25 milirems por hora el 30 de marzo (dos días después del accidente)?; ¿80 milirems en total entre el 28 de marzo y el 4 de



El Presidente Carter de los Estados Unidos y su esposa Rosalynn, junto al Gobernador de Pensylvania, Dick Thornburgh, durante la visita que efectuaron a la central nuclear de Three Mile Island (La Isla Tres Millas), tras el accidente de uno de los dos reactores de dicha Central Nuclear.

abril (al nivel del 30 de marzo, esta cantidad se habría recibido no en 7 días, sino en 3 ó 4 horas)?... Por otra parte, los «niveles permisibles» han sido tan criticados como excesivamente altos por médicos, biólogos y otros científicos que el gobierno está revisándolos. En cualquier caso, el accidente de Three Mile Island es una tragedia que ha afectado y seguirá afectando no sólo a la salud, sino tam-

bién a los medios de vida de cientos de miles de personas. Una noticia reciente pone una nota de sangriento sarcasmo al desenlace, al tiempo que ilumina —por si no estuviera clara— la naturaleza del sistema político y socio-económico norteamericano: los gastos del accidente serán cubiertos por una subida, del 35 por 100 o más, en la tarifa de la electricidad. En otras palabras: los «gastos» de la con-

taminación serán pagados por los contaminados. «Si los accionistas de la Metropolitan Edison Co. (propietaria de la central nuclear) tuvieran que cubrir los costos del accidente, la compañía se empobrecería o tendría que declararse en bancarrota»; el despacho de la Agencia A.P. que estoy citando añade aún las palabras del abogado de la compañía: «¿En qué beneficiaría esto a los usuarios?». Dudar que la respuesta justa a esta pregunta es «en nada», significaría dudar del dogma de la «libertad de empresa»; y el norteamericano medio es demasiado religioso para ello.

La realidad no sólo «imita», sino que supera al arte. Los realizadores de «The China Syndrome», con su realismo moralista, no han podido imaginar un final tan sencillamente terrible; habría sido poco cinematográfico para los cánones de Hollywood. El final del filme es espectacular, de un «catastrofismo realista», posible, pero que acaso tenga sólo, o sobre todo, un efecto catártico, a nivel individual: es la codicia de una compañía determinada, quizá sólo de algunos de sus directivos, lo que causa la tragedia, favorecida por la cobardía y el conformismo de unos cuantos técnicos y empleados.

EL SINDROME «HARRISBURG»

No es un síndrome moral, sino el síndrome de la enfermedad ingénita de todo un sistema, cada vez más abocado al suicidio o, mejor dicho, a matarse matando. (El «monstruo sagrado» de Guayana, Jim Jones, tiene también un valor sintomático, quizá sindrómico: neonazi perfeccionado, logró rizar el rizo de los «campos de exterminio» al hacer que sus vícti-

mas eligieran su propia destrucción por mayoría democrática). La forma en que se ha desarrollado la industria nuclear —hija, heredera y máscara del armamento nuclear— no es más que la manifestación extremada de las tendencias generales, inevitables, del sistema. Los «átomos para la paz» se presentaron como una forma de energía barata, baratísima, casi gratis una vez que fueran amortizadas las instalaciones. Pero los bajos costos —que hoy ya son tan altos y más que los de las otras formas de energía eléctrica— no iban a servir, desde luego, para reducir las tarifas eléctricas; servirían sólo para acelerar la acumulación de capital de las multinacionales que se lanzaran a la aventura. Las grandes inversiones iniciales que exigía, y el control casi exclusivo de la nueva técnica, reducían la competencia —haciéndola más brutal, por tanto— a los contados y selectos miembros de un «club», íntimos enemigos de los que, más tarde o más temprano, tendrían que depender el resto de las compañías y países. A las ventajas de la rentabilidad, se añadían, pues, virtudes autoritarias —quien concentra capital, concentra poder— e imperialistas. La energía nuclear es —incluso por ciertas características megalomaniacas que serían «cómicamente» si no fueran trágicas— el supermán de los grandes países desarrollados.

¿Qué podían importar, ante la urgencia competitiva, los problemas de seguridad pública, el estudio verdaderamente racional de la conveniencia o inconveniencia —desde el punto de vista hu-

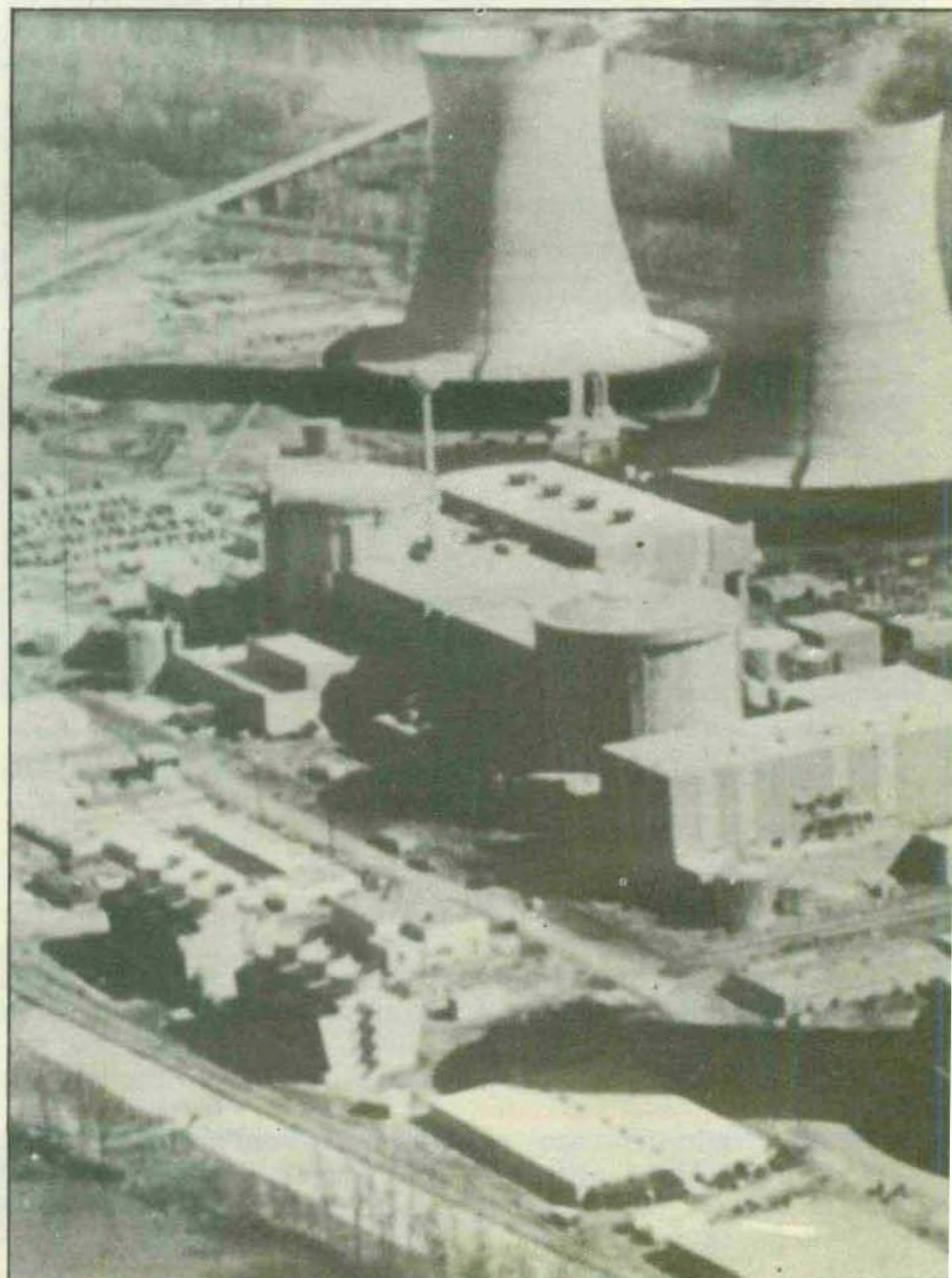
mano— de producir electricidad a partir de la energía nuclear? Científicos autorizados consideran este método no sólo peligroso, sino ineficaz: usar la temperatura nuclear, de millones de grados, dice Amory B. Lovins (2), para producir electricidad que va a ser usada para calentar una casa a 21° es «como cortar mantequilla con una sierra eléctrica». Además, la eliminación de los residuos, que son radiactivos y algunos lo serán

(2) Cito indirectamente del artículo de J. Dicken Kirschten, «A new alternative in the energy crisis», en el *Book of the year (1978)*, de la *Enciclopedia Británica*, pág. 144.

por cientos de miles de años, es un problema todavía sin solución; son «basura indestructible», como los llama Jon Tinker (3), y por eso, ante las dificultades y peligros de su enterramiento, se ha llegado a pensar en mandarlos al Sol en naves espaciales: ¡nos costaría más cagar que comer!, como dijo Quevedo (4). Todo esto no ha impedido que en el mundo haya varios cientos de centrales nucleares. Y de las 72 que funcionan en los Estados Unidos, unas 60 se encuentran en

(3) «The indestructible garbage», en *Book of the year (1979)*, pág. 365.

(4) ¿Quién, si no, puede haberlo dicho?



Uno de los dos reactores de la Central Nuclear de la Compañía Edison de Harrisburg fue parado tras producirse un escape de vapor radioactivo en una de las torres refrigeradoras. El reactor dos que aparece en la foto pudo estar arrojando material radioactivo al exterior durante dos horas.

menos de la mitad este de su territorio, con una concentración nuclear que debe de ser la mayor de la Tierra. Y en torno a ciudades como Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Chicago... ¿Qué criterio sino el del beneficio —abaratamiento del transporte, proximidad del mercado...— ha podido decidir a la industria nuclear a elegir estos emplazamientos?

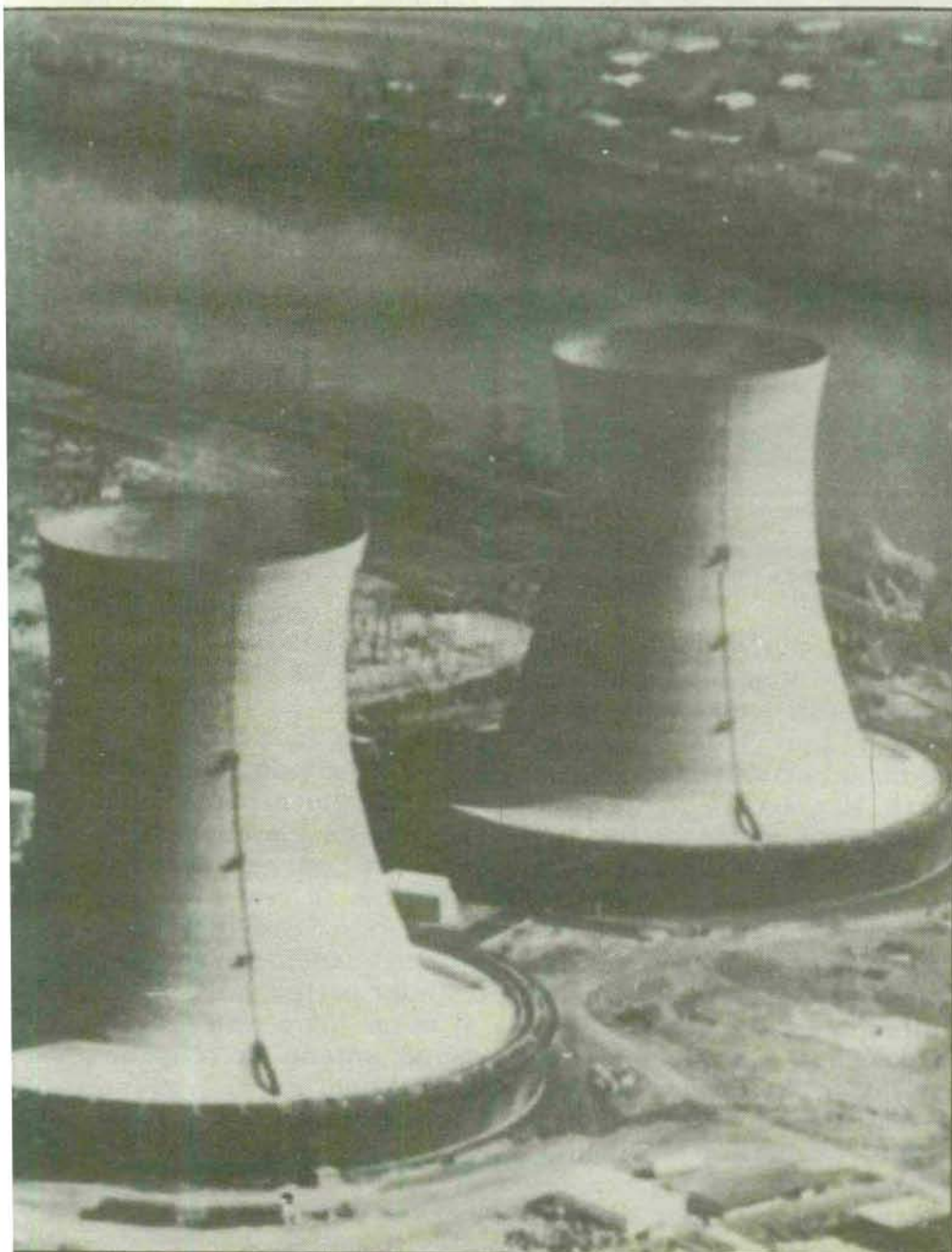
Se dice que hace falta más energía, pero las últimas estadísticas demuestran que en Estados Unidos y Canadá el índice de crecimiento del consumo de electricidad ha des-

cendido; y, además, ¿para qué hace falta más energía? ¿Para mantener encendidos, día y noche, los billones de anuncios publicitarios; los aparatos de aire acondicionado de edificios sin ventilación natural; las dañinas luces fluorescentes de fábricas, oficinas, centros comerciales y escuelas sin ventanas o con las persianas bajadas? ¿Para que resplandezcan en la noche los vacíos rascacielos del negocio? ¿Para que sigan funcionando fábricas donde se hacen productos cada vez peores, más dañinos y en mayor número; fábricas que, al usar cada vez

menos trabajadores, producen también paro, en lugar de mayores sueldos, más tiempo libre y más salud para los que trabajan? ¿Más energía para que al fin un día —¡oh «American dream», ya casi pesadilla universal!— podamos todos cepillarnos eléctricamente los dientes, si es que la industria de la alimentación no ha logrado, con la malnutrición que impone, que la especie humana sea desdentada?... Y si, a pesar de todo, es cierto que va a hacer falta más energía (en muchos países, desde luego, ya está haciendo falta), ¿con qué criterio científico y humano, por ejemplo, se ha abandonado o reducido drásticamente la construcción de centrales hidroeléctricas, absolutamente limpias, sin peligro y de magnífico rendimiento? (5). (Los términos «científico» y «humano» sólo pueden ser contradictorios cuando las ciencias, sometidas al capital como antaño lo estuvieron a la Teología, es decir, a la Iglesia y los señores feudales, son enseñadas, desarrolladas y aplicadas como «inhumanidades»).

Es cierto que, en los últimos años, se ha empezado a hablar de «energías alternativas», limpias, baratas, no peligrosas, modernas: la solar, la eólica, la geotérmica... (De todas estas cualidades, la única falsa es la de «modernas»). Se dice, en fin, que se están haciendo estudios sobre ellas. ¿Quiénes, y con qué propósito las «estudian» (de algunas,

(5) En Estados Unidos, el país más «nuclear», sólo había, en 1978, dos centrales hidroeléctricas en construcción, frente a 94 nucleares. Un informe del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, publicado en 1977, afirmaba lo siguiente: «La explotación de todo el potencial hidroeléctrico de las centrales y presas ya existentes (el subrayado es mío) podría producir unos 160.000.000.000 de kilovatios/hora y ahorrar 727.000 barriles de petróleo diarios» (Book of the year (1978), artículo citado de J. Kicken Kirschten, pág. 146).





De las 72 centrales nucleares que funcionan en los Estados Unidos, unas sesenta se encuentran en menos de la mitad este de su territorio, con una concentración nuclear que debe ser la mayor de la Tierra. Y en torno a ciudades como Nueva York, Boston, Filadelfia, Baltimore, Chicago... ¿Qué criterio sino el del beneficio ha podido decidir a la industria nuclear a elegir estos emplazamientos? (En la foto, el Presidente Carter, de los Estados Unidos, durante una alocución al país).

como la eólica, hay poco que estudiar)? ¿No serán los mismos que nos están forzando a aceptar las formas de energía más peligrosas y sucias, desde el petróleo y el motor de explosión, de tan bajo rendimiento, hasta la energía nuclear? Lo que están «estudiando», ¿no será, sencillamente, cómo hacerlas controlables (por ellos) y rentables (para ellos), es decir, caras y acaso de lujo, reservadas, por tanto, para usuarios «modernos»? Los que producen peligro, polución, «crean mercado», al mismo tiempo, para la seguridad, para la limpieza. Es una ley general que se ve

también, por ejemplo, en la industria de la alimentación: los «health food» (alimentos sanos) han sido lanzados como «alternativa», más bien para «snobs» y exquisitos suspicaces, de los «unhealthy food» (alimentos insanos), a los que presuponen; éstos son, en buena lógica binaria, todos los demás, los que llenan los supermercados; pues bien, los alimentos sanos han sido lanzados por los mismos que producen los insanos (normales) utilizando entre 7.000 y 8.000 «aditivos» y «preservativos», muchos de ellos cancerígenos y casi todos dañinos de una u otra forma. El círculo

vicioso sólo puede romperse si se rompe el sistema que lo permite y necesita, la telaraña mundial de las multinacionales.

Los síntomas que componen el «síndrome Harrisburg», los que explican el demencial desarrollo de la industria nuclear, se expresan a través de algunas de las palabras clave del sistema, de resonancia cada vez más siniestra porque, en nuestras sociedades, están ya muy lejos de significar lo que significan: «eficacia» (¿matar mosquitos... con fumigaciones cancerígenas?); «producir electricidad con bombas atómicas?»; «productividad» (¿en qué?; ¿para qué?; ¿a costa de qué?); «rentabilidad» (¿para quién?); «beneficio» (maleficio); «competencia» (lucha entre dinosaurios pisoteando hombres); «desarrollo» (de las enfermedades, los peligros, el paro...); «libertad de empresa» (para envenenar, contaminar...); «racionalización» (con la razón burguesa); «democracia» (de etimología desconocida, quizá por deformación de la frase «demos gracias», equivalente a la fórmula religiosa «Amén»)...

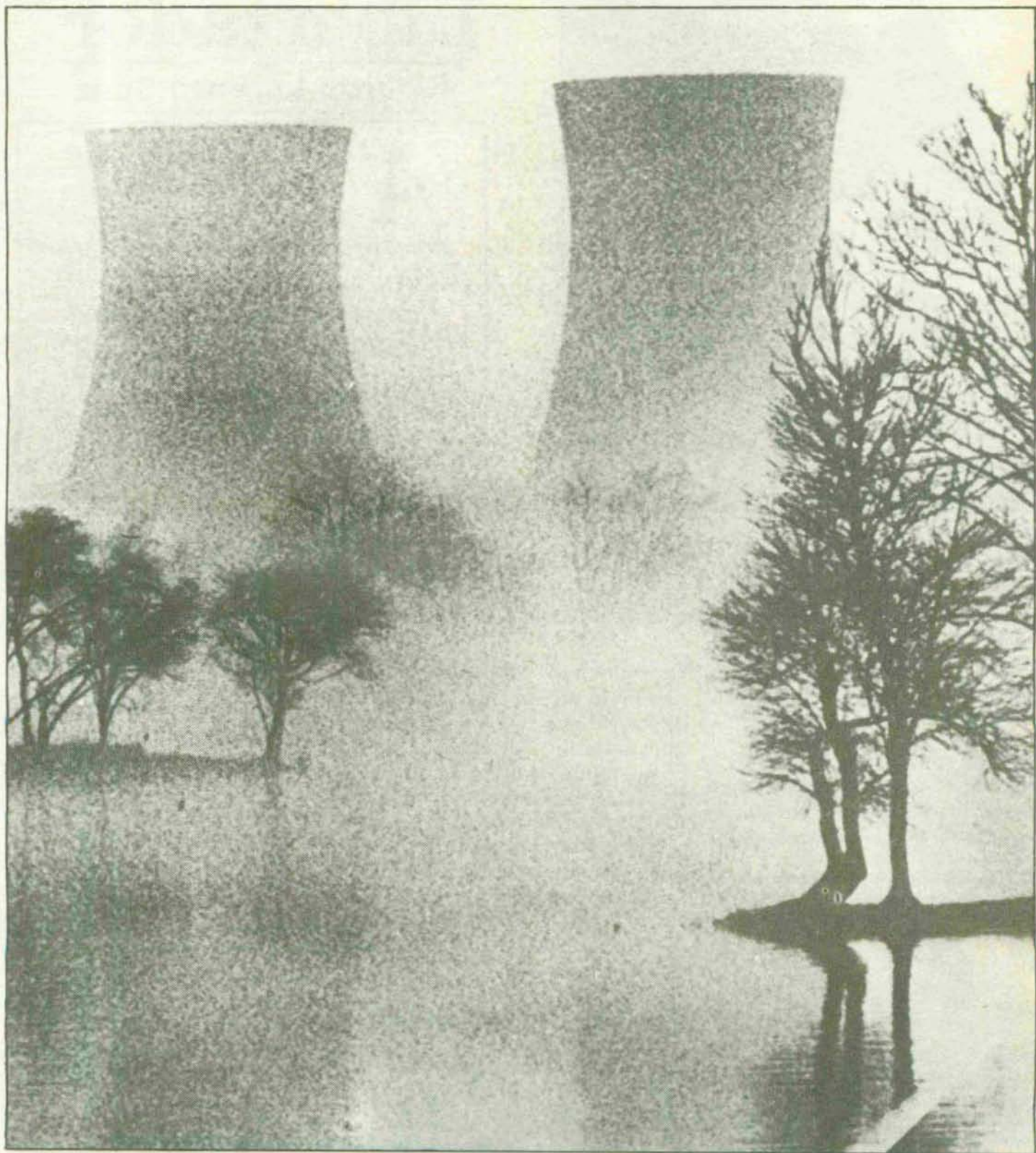
PROMOCIONES Y ANUNCIO

El sistema se va perfeccionando. Su fórmula fundamental parece estar a punto de convertirse en «la explosión del hombre por el hombre». Mientras se realiza la negra profecía de Svevo al final de «La conciencia de Zeno» (pues es muy posible que se realice si no se logra antes separar, como antaño la religión, el Capital del Estado), preparémonos a comprar los contadores Geiger, de pulsera o bolsillo, que estoy seguro han empezado ya a fabricar las compañías nucleares: es el nuevo

mercado en expansión; ¡la mejor inversión para su dinero! Serán, naturalmente, de circuito integrado, de oro, de plata, de platino, dorados o plateados, para 50.000 milirems, para 75.000 milirems, para 100.000 milirems. Más poten-

tes, es inútil fabricarlos: no son negocio, no habría ya mercado para ellos. Al principio, serán caros, pero podrá pagarlos con su tarjeta de crédito «favorita». No deje usted de comprarse uno: todos tenemos derecho a saber cuánta

radiactividad estamos disfrutando. Sea moderno, independiente: no sea como esas personas que van por la calle y tienen que preguntarle al primero que pasa qué hora es o cuántos milirems hay hoy. ■
J. L. P.



«Sea moderno, independiente; no sea como esas personas que van por la calle y tienen que preguntarle al primero que pasa qué hora es o cuántos milirems hay hoy...» (Las torres de la Central Nuclear de La Isla Tres Millas, fotografiadas en medio del «escape» de radioactividad, en la madrugada del 28 de marzo de 1979).